

**Bibliotecología,
Sociedad y Cultura:**
el CUIB en la
EXPO-UNAM

450
AÑOS

*Filiberto F. Martínez Arellano
Miguel Ángel Amaya Ramírez
(Comp.)*

Z665.2
M4B53



0000016352



La biblioteca y sus poderes

IGNACIO SOSA ÁLVAREZ
Facultad de Filosofía y Letras/UNAM

¿Qué es una biblioteca? ¿Cuáles son sus usos políticos? Las preguntas, simples, requieren compleja respuesta o, mejor dicho, múltiples respuestas que pueden conducir por varios derroteros capaces de confundir al guía más experimentado, porque esos derroteros forman cruces entre el pasado, el presente y el porvenir.

Es obvio que en este breve comentario conmemorativo del 450 Aniversario de la Fundación de la Universidad, sólo se mencionen los más frecuentes, los más transitados, es decir, aquellos que llaman la atención de los que asisten a la biblioteca como usuarios y no como funcionarios. En otras palabras, no se comentan las respuestas de los profesionales, de los expertos que han hecho de la institución bibliotecaria, de sus reglas, de su funcionamiento, el objetivo central de sus preocupaciones.

La institución bibliotecaria a través de sus expertos, debemos reconocerlo, ha ofrecido una dimensión diferente del libro al transformar éste, materia prima de la institución bibliotecaria, objeto inerte sin un lector potencial, en un objeto que cobra vida a través de los servicios que la institución presta; y al distinguir entre el conocimiento como problema epistemológico, disciplinario, de la catalogación del conocimiento como problema profesional. La institución, a través de sus expertos, al establecer dos niveles de una misma aparente realidad añade un plus al libro, que generalmente ni autores ni lectores reconocen. Otro plus institucional nada desdeñable lo representa el hecho de que su ordenado catálogo es un ejemplo de los

esfuerzos que han culminado con el éxito y no de lo que queda en mero intento; la biblioteca representa en exclusiva los logros alcanzados a través del compromiso colectivo que distingue a la especie humana, es decir, la única especie que acrecienta el conocimiento y que, además, lo socializa a través de instituciones como la biblioteca.

El registro de las respuestas a las preguntas iniciales es variado y comprende desde aquellas que apuntan en la dirección de la aparición de la Galaxia Gutenberg; hasta las que recogen la moderna preocupación ecológica y, en consecuencia, señala a la biblioteca como un cementerio de bosques. El registro también incluye la respuesta histórica que le asigna a la biblioteca ser el ámbito en el que se guarda la memoria de un pueblo y de sus logros en el campo de las artes y de las ciencias; así como la que gusta de establecer a la biblioteca como uno de los hitos que marcan la distancia entre la civilización y la barbarie. Desde una perspectiva pedagógica existe la respuesta que considera a la biblioteca, junto con el aula, el seminario y el laboratorio, como las células que conforman el organismo educativo contemporáneo. Cada una de las respuestas podría dar lugar, directa o indirectamente, a numerosos tratados que, inexorablemente, ocuparían un sitio en su respectivo anaquel.

Para el usuario las connotaciones del vocablo biblioteca le pueden conducir lo mismo al mundo de la imaginación que a la investigación de la naturaleza o al pensamiento reflexivo, especular, donde el objeto y el sujeto son un mismo fenómeno. Por estas características no es casual que el tema de la biblioteca haya llamado la atención de científicos sociales y literatos y que uno de éstos, más conocido como poeta y escritor que como director de la biblioteca nacional de Argentina, José Luis Borges, ocupe un sitio prominente como autor que utiliza su experiencia profesional como materia prima para sus brillantes descripciones y también como el modelo que le sirvió a Umberto Eco para crear al siniestro personaje ciego y sabio de su novela *El nombre de la rosa*. Es obvio que Borges dedicó más tiempo a sus intereses creativos que a los administrativos y que trascendió, afortunadamente para nosotros sus lectores, por los primeros y no por los segundos.

Queda dicho que no es la intención de este sucinto comentario desarrollar alguna de las posibles respuestas a la pregunta inicial. Sin embargo, sí tiene como intención detenerse a estudiar la biblioteca como símbolo de poder, aspecto poco atendido entre quienes en ella laboran, así como entre quienes a ella acuden en busca de respuestas.

Entre los estudiosos del poder, pocos se refieren a la biblioteca como uno de sus símbolos. La posible respuesta apunta al hecho de la valoración que en la época contemporánea se tiene de la biblioteca. Ésta, por ser hoy una institución universal, por ser pública, democrática y, sobre todas las cosas, útil por los múltiples servicios que presta, es situada como una institución al margen de las luchas que los hombres han sostenido y sostienen por imponer su voluntad a otros hombres. Sin embargo, ese espacio en que ritualmente se exige silencio como muestra de comportamiento correcto, ha estado en el centro de las preocupaciones de aquellos gobernantes que consideraban al convencimiento como el sustituto ideal de la fuerza.

Pocas instituciones simbolizan el poder como lo hace la biblioteca. En el pasado, representaron el poder de los monarcas y emperadores, baste recordar la de El Escorial, la célebre de Alejandría y, ya en el presente, la Biblioteca del Congreso de los Estados Unidos, que representa la fuerza de uno de los poderes del gobierno. En síntesis, basten esos tres ejemplos para señalar como constante a través del tiempo, la geografía y la religión, que la biblioteca ha sido una manifestación evidente del poderío de los gobernantes.

Por otra parte, en la actualidad, si bien expresa el poder en plenitud, asimismo muestra un camino, el de la información, el del saber, para acceder al poder. El poder del conocimiento, de la información, etcétera, son expresiones utilizadas para mostrar esta vía no violenta, tampoco electoral, de circulación de élites capaces de comprender el poder como un fenómeno no sólo de acto, sino también de potencia.

En otras épocas la biblioteca tenía como únicos usuarios a reducidos grupos. A través de éstos se pueden observar los intereses que han triunfado en la sociedad. Sus distintos usuarios, a través de distintas épocas, muestran la forma en que el poder ha cambiado de manos. Cuando sólo unos pocos sabían leer y escribir, el conocimiento era una cuestión esotérica, sólo los iniciados poseían las claves, sólo los

entendidos podían acceder mediante el código del alfabeto. Posteriormente, con la aparición de la sociedad industrial y su sistema de enseñanza universal y obligatoria, el requisito de la lectura se democratizó y el acceso al conocimiento obligó a la institución bibliotecaria a transformarse. Con la aparición del Estado Nación surgieron las grandes universidades públicas, baste pensar en las experiencias inglesa, francesa y alemana. En todas ellas la ciencia y la tecnología, expresiones de la razón, sustituyeron a la fe como motivo central de los estudios; la fe debió admitir a la razón como el elemento determinante.

Tal vez las anteriores palabras podrían interpretarse como generalizaciones o como meras suposiciones, por lo que es necesario aterrizar en el análisis de un caso para constatar si los comentarios generales tienen o no sentido. El problema que hoy vive la sociedad mexicana y, con ella la biblioteca como institución, su tema central, es el del impacto que tiene la sociedad industrial sobre una sociedad tradicional en el que la mayor parte de los desafíos que aquella le plantea a ésta pasan por la institución bibliotecaria. Esto no podría ser de otra manera en virtud de que si la biblioteca está ubicada en el centro de la tormenta y es guardiana del conocimiento que se transforma en acto, no puede quedar al margen de los desafíos ya que ella misma es parte del problema y de la solución.

La institución bibliotecaria, como cualquier otra institución, refleja el grado de desarrollo de una sociedad, así como sus contradicciones. Es muy difícil que en sociedades tradicionales aparezcan instituciones cuyas principales características sean la eficiencia y la racionalidad. En la sociedad tradicional, con instituciones escasas de recursos y sometidas a presiones políticas e ideológicas opuestas a los cambios, el mero hecho de sobrevivir es una tarea que consume todas las energías institucionales.

Como un modesto ejemplo para ilustrar mis comentarios me gustaría recordar la experiencia de la Biblioteca Armando Olivares de la Universidad de Guanajuato. A ella asistía en los años sesenta como estudiante. Dicha biblioteca formaba parte de un conjunto de edificios que ocupaba una larga cuadra acotada, en dos de sus frentes, por la Alhóndiga de Granaditas y el Mercado Juárez. La mención

arquitectónica no es casual porque el Mercado representa la modernización tal como se entendió en la administración de Don Porfirio Díaz, mientras que la Alhóndiga había surgido como resultado del esfuerzo modernizador de las reformas borbónicas de fines del siglo XVIII. Ambos edificios mostraban, cada uno a su manera, proyectos políticos y económicos que habían pretendido establecer un partea-guas entre lo viejo y lo nuevo. En cambio, el conjunto que albergaba la Biblioteca Armando Carrillo era una mezcla, un híbrido, en el que cohabitaban en forma confusa varias instancias laicas y religiosas. En las distintas partes del conjunto colonial que una vez había servido como hospital se ubicaban las escuelas de ingeniería, arquitectura, filosofía y letras, así como el Templo de Belén donde hasta la fecha se ofrecen servicios religiosos.

Una amplia puerta, en una de las alas del conjunto, era compartida por la biblioteca y por la Escuela de Filosofía y Letras, y un estrecho espacio, mitad descanso de escalera, mitad vestíbulo, dividía el edificio. Hacia abajo conducía a los salones de clase, y hacia arriba a la biblioteca. En lo que antes había sido la sacristía funcionaba entonces la dirección de la biblioteca, donde platicaban a diario y durante largas horas, en forma amigable, don Manuel de Ezcurdia director y Jorge Ibargüengoitia, supongo que cumpliendo alguna labor administrativa, pues durante ese tiempo escribía su libro *Estas ruinas que ves*. Nunca supe dos cosas, si escribió la novela en sus horas de bibliotecario y si el título se refería a las ruinas de Cuévano, es decir Guanajuato, o a las ruinas de su centro de trabajo, es decir, la Biblioteca Armando Olivares Carrillo.

Entrar en esa biblioteca, en realidad una vieja nave de iglesia, era entrar en el túnel del tiempo y hacer un recorrido por la historia de la Nueva España, el México independiente y el México contemporáneo. En ese viaje era posible comprender las vicisitudes de la lucha multi-secular entre la tradición y la modernidad.

A fuer de honesto, debo reconocer que la era mejor representada era la colonial, porque tanto el edificio como una parte del acervo mostraban la pretérita grandeza. La presencia del siglo XIX se entendía como negatividad porque esa etapa de nuestra historia estaba representada, por una parte, por los sucesivos saqueos de las

bibliotecas conventuales y por la otra porque la nave había sido utilizada un tiempo como cuartel. No puedo decir que el México independiente ocupase un lugar destacado. La era contemporánea no era un tema de preocupación porque entre las instrucciones que había dado el rector en ese tiempo en funciones, una era que entre los libros que se adquirieran no hubiese nada de marxismo. Si tal disposición podría explicarse por la guerra fría y por el temor al ejemplo de la revolución cubana, más difícil sería justificar asimismo la ausencia asimismo de Tocqueville, Durkheim y Weber, evangelistas de la sociedad industrial capitalista.

La biblioteca estaba a medio camino entre el feudo y el museo. Feudo, porque los bibliotecarios habían levantado un cerco que al lector le estaba prohibido traspasar so pena de que en el intento le arrojasen plomo hirviendo. Museo, porque los altos y poco brillantes anaqueles guardaban tras polvosas vidrieras, cerradas permanentemente con llave, libros en francés y en inglés. La parte en castellano comprendía, fundamentalmente, ediciones mexicanas y españolas del último tercio del siglo XIX. La revolución todavía dejaba sentir sus efectos porque pocos libros se adquirieron con posterioridad a esa fecha.

En síntesis, era una biblioteca cuyas joyas estaban escritas en latín, francés y, algunas pocas, en inglés. Los libros en castellano trataban temas irrelevantes. Nadie consultaba los textos en latín por estar escritos en ese idioma, porque ya para esos días pocos lectores se afanaban por conservarlo como lengua viva. Los textos, encuadernados en pergamino, cumplían fundamentalmente una función de ornato ya que la sección completa era el centro favorito de los funcionarios que la visitaban. En los retratos que a ellos y a los visitantes invariablemente les tomaban, quedaban muy bien los lomos de los textos coloniales.

Los textos en francés, igual que los de latín, tampoco resultaban asequibles para la mayoría de los lectores porque ya en esos días esa lengua había perdido su calidad de obligatoria y había sido suplantada por el inglés. Dicho sea de paso, se rumoraba que algunos de los libros en francés habían pertenecido a la biblioteca de Don José María Luis Mora.

Los libros en inglés, de las lenguas imperiales la más reciente e influyente, habían llegado a esa biblioteca como obsequio de los empleados e ingenieros de las compañías mineras estadounidenses que, al regresar a su país, consideraban como peso muerto lo que durante su estancia en Guanajuato les había permitido sobrellevar la soledad cultural. Cada idioma, en síntesis, marcaba la ideología dominante y la forma de entender la riqueza.

Puede decirse que la biblioteca, en última instancia, funcionaba también como museo. La forma en la que se habían adquirido las piezas que contenía: despojo, obsequio, donación, pero pocas veces compra, servía para mostrar los gustos y los intereses de los antiguos dueños de esos libros, pero poco servía para entender las necesidades de las nuevas lecciones de lectores. El acervo era, en realidad, un catálogo de los despojos realizados a los conventos en la época de la Reforma; bueno, lo que restaba de los despojos de los despojos porque, según decían los viejos empleados (tres en total), varios funcionarios de alto nivel con un adelantado sentido de la visión neoliberal que aún no se anunciaba, habían privatizado y se habían llevado a su casa lo que antes habían sido bienes públicos.

Y aquí vuelvo a la historia. Guanajuato está ubicado en la frontera entre el territorio liberal y el conservador. A sólo 23 kilómetros de la ciudad se encuentra Silao, apellidado de la Victoria porque ahí las fuerzas del liberalismo derrotaron a los conservadores. Ese límite también lo es del territorio cristero, pues a sólo 22 kilómetros de Silao está situado León, pueblo grande donde radica el obispo y se encuentra el seminario con su bien surtida biblioteca. En la industriosa León, según Ibargüengoitia (y otros muchos guanajuatenses) ciudad opuesta en todos sentidos a la pequeña ciudad de Guanajuato, también se encuentra su célebre catedral, así como la casa de una familia cuyo apellido se registra como uno de los presidentes de México, pero lo que no se encuentra es una biblioteca digna de tal nombre.

Paradoja de nuestra industrialización. Ciudad opulenta, núcleo fabril, población numerosa pero ausencia de una biblioteca pública digna de tal nombre.

He utilizado el énfasis de Iburgüengoitia porque es un tópico entre los habitantes de esa región. También lo es recordar que León nutrió en forma abundante a las fuerzas cristeras de los altos de Jalisco. Ambos tópicos, sin embargo, adquieren un sentido diferente cuando dejan de verse como producto de la rivalidad regional y se analizan como un ejemplo de frontera conflictiva, donde las fuerzas de la modernidad y la tradición se enfrentaron durante los siglos XIX y XX. Debo decir que modernidad a medias y tradición a medias, ya que en aquella Universidad de Guanajuato la modernidad era un concepto literario como lo es, por ejemplo, la Antigua Roma. Otro concepto semejante era el de la experimentación científica. Quienes ahí estudiamos física, sabíamos de la existencia de laboratorios que contenían aparatos, todos del siglo XIX, porque el maestro desde afuera nos los mostraba con el dedo índice mientras nos decía, con ese aparato se experimentan las leyes de la dinámica, con aquel, las de la óptica y luego, mirándonos a los ojos en forma inquisitiva preguntaba, ¿quedó claro?

Modernidad, en consecuencia, como referencia literaria, ya que su biblioteca, espacio abierto al tiempo y a las ideas propias y extrañas, sólo ofrecía una visión sesgada e incompleta tanto en lo referente a las épocas como a la información, y porque la modernidad, habiendo vencido teóricamente con el liberalismo optó por pactar con el adversario y firmar la paz que garantizara una coexistencia pacífica; es decir, un tipo de existencia que tenía un discurso moderno y una práctica tradicional. Las prácticas de esa biblioteca respetaban puntillosamente el acuerdo. El trato al lector dependía de su origen social: si era de familia conocida, atenciones sin fin; si pertenecía al pueblo llano, la respuesta era lacónica:

- El libro no está en el anaquel.
Tradicción a medias porque ésta ya se había rendido y las humanidades eran, como en la edad moderna, una antigüalla y los clásicos de Grecia y Roma ya no podían consultarse porque ya nadie los lee. Era un lugar común escuchar el lema oficial

- Necesitamos más libros técnicos porque ya no somos una universidad de abogados y médicos.

Tradición vergonzante en una palabra, a medio camino entre lo que ya no era y lo que no había podido ser. Ahora me dicen que la Biblioteca Olivares es un portento, y que aquellas ruinas que vio Ibargüengoitia ahora son luminosos edificios, y que éstos no son más un cementerio de bosques por tanto papel viejo, y que las computadoras han sustituido con ventaja a los libros; me dicen que están pensando en cambiar el nombre de biblioteca por el de computeca. Creo que, de ser cierto, Guanajuato ya no es parte del pasado sino piedra angular del futuro. Pero eso todavía no es un tema ya desarrollado en ningún libro y, en consecuencia, no se puede consultar en ninguna biblioteca.

Después me vine a México a una universidad nueva, del siglo XX positivista y, sobre todo, modernizadora, no como la del colegio del Estado, creación del liberalismo del siglo XIX. Aquí debo aclarar una confusión, en mi opinión, generalizada: que la Universidad Nacional había sido inaugurada por Don Justo Sierra y hoy nos enteramos por los pendones que adornan esta exposición, que está festejando su 450 aniversario. Paradojas de nuestra modernidad, su seguridad está en función de la profundidad de sus raíces en la tradición. ¡Qué distinta de la modernidad occidental! Ésta hace tabla rasa del pasado y, actitud paradigmática, la modernidad estadounidense le permite afirmar su orgullo de ser la única nación moderna por carecer de pasado que le represente un obstáculo.

Cuando llegué al edificio de lo que antes era la Biblioteca Nacional y ahora es sólo central, me sorprendió por igual tanto su continente como su contenido y, para decir verdad, más el primero que el segundo. Aquél que sea capaz de entender todo lo que simbolizan los murales de O'Gorman ya no tiene necesidad de leer los libros que contiene su interior, o, mejor dicho, para comprender lo que está en su exterior antes es necesario haber pasado varios semestres con la nariz entre los libros.

En esta biblioteca ya no privaba la visión aldeana de la guanajuatense, por el contrario, pretendía contener una visión no sólo americana sino atlántica y, si hacemos caso al mural ubicado al costado oriente del edificio, cósmica. Para terminar, sólo debo decir que, como estudiante provinciano, me llamó la atención la contradicción existente entre el mensaje de los muros del edificio considerado como un altar del saber, con las manifestaciones de un arte que, afirman los entendidos, intentaba poner al alcance de los ágrafos lo que su carencia de alfabeto les negaba.

El símbolo de poder representado por los murales de la Biblioteca Central, expresión de un proyecto político e histórico que intentaba con sus murales explicar la inserción del México revolucionario en el mundo moderno, queda como una promesa de una modernidad inconclusa y no como muestra de objetivo logrado. Un poder, en cierta medida trunco, porque fue incapaz de imponerle su voluntad a la sociedad entera. Las fuerzas de la tradición, en mi opinión, han sido un formidable obstáculo para alcanzar el objetivo político de la UNAM que, como su escudo lo afirma, pretendía ser, si no el espíritu mismo sí la voz del pueblo mexicano en su búsqueda por encontrar una vía que le permitiera arribar, en forma definitiva, a las formas de convivencia democráticas e igualitarias que postulan los valores de la modernidad.